

Producción de Alimentos y Crecimiento de la Población*

Karl Brandt

***Con permiso especial del autor. Tomado de «Orientación Económica» de Venezuela**

Al igual que ocurrió en tiempos pasados, cuando Malthus predijo que el crecimiento de la producción de alimentos era suficiente para compensar el crecimiento de la población, se ha resucitado de nuevo en nuestra época el fantasma de un planeta sobrepoblado e incapaz para satisfacer las necesidades alimenticias de una población en aumento constante. El espectro del hambre colectiva ha vuelto así a aparecer en las perspectivas del hombre contemporáneo. Resulta por ello de excepcional interés escuchar la opinión autorizada de un economista que, como el Profesor Karl Brandt, ha dedicado, a lo largo de una dilatada y fecunda vida intelectual, una parte esencial de sus energías a la investigación de los problemas agrícolas. El Profesor Brandt sustenta la tesis de que la producción de alimentos puede sobradamente mantener el ritmo de crecimiento de la población. Se basa primordialmente en la revolución tecnológica y económica que ha supuesto, en los últimos años, la aplicación a la agricultura de nuevas fuentes de energía. Señala, sin embargo, que el riesgo de una producción insuficiente de alimentos sigue no obstante en pie. Pero no como un hecho inevitable de la naturaleza o de la tecnología, sino como resultado de erradas políticas económicas gubernamentales, que destruyan la racionalidad y el progreso de la economía y de las actividades agrícolas. Karl Brandt, Profesor en las Universidades de Berlín, de Nueva York y de Stanford, Consejero Económico del General Clay en Berlín en 1945-46, Consejero Económico del Presidente de los Estados Unidos en 1958-61, Director del Instituto de Investigación de Alimentos de la Universidad de Stanford, y director del Instituto Hoover para la revolución, la guerra y la Paz es ya conocido de nuestros lectores, como lo es de todo el mundo científico especializado. El breve y resonante documento que seguidamente se publica fue presentado por el Profesor Brandt a la Conferencia sobre Planificación de la Paternidad y Población Mundial, celebrada en Nueva York en el mes de octubre de 1966.

Introducción

Son muchos los argumentos prácticos, lógicos y morales que pueden aducirse legítimamente en favor de un uso más responsable del poder de procreación del hombre, mediante la planificación de la paternidad por voluntaria decisión individual. Sin embargo, se ha abusado de manera singular y progresiva de un argumento para cuyo comentario he tenido la honra de ser invitado a esta Conferencia. Rechazo este argumento como ilegítimo e inválido. Dicho argumento pretende que el ritmo cada vez más acelerado de crecimiento de la población está sobrepasando la tasa de crecimiento de la producción de alimentos y que, en consecuencia, es casi inevitable un hambre desastrosa de horrendas proporciones, a no ser que se frene el crecimiento de la población.

Como he de demostrar, las predicciones de hambre no constituyen un argumento sólido ni legítimo en favor del control de la población, porque la capacidad agrícola existente en el mundo tiene margen sobrado para producir alimentos en las cantidades requeridas por el crecimiento de la población. En consecuencia, utilizar la alarma del hambre para justificar el apoyo gubernamental al control de la natalidad solamente puede servir para debilitar las iniciativas encaminadas a reconocer la importancia de una paternidad responsable.

Creo también que aún cuando el hambre mundial fuera, en efecto, una calamidad inminente e inevitable, no podría evitarse mediante la planificación de la paternidad, porque esta

compleja transformación cultural en las costumbres y en los modos de vida de los hombres no se presta a tener éxito a través de un programa súbito e inmediato, sino que requiere, por el contrario, un esfuerzo constante y prolongado.

Además, al ofrecer la falsa esperanza de una rápida mejoría de la pretendida escasez inminente de alimentos, mediante un programa inmediato de paternidad planificada, este argumento evade el problema real. Todos los gobiernos tienen el deber de adoptar y ejecutar una política que asegure a los agricultores la libertad y los incentivos necesarios para expandir la producción de alimentos por encima del crecimiento de la población y del incremento del ingreso per cápita. Si los gobiernos de los países en desarrollo aceptan tal responsabilidad, lograrán lo que no puede lograr la paternidad planificada.

Finalmente, generalizar en forma global acerca de la dinámica extremadamente diversa de la oferta de alimentos implica una distorsión de los hechos. En años recientes, algunas de las regiones más densamente pobladas del mundo han aumentado la producción de alimentos más allá de todas las expectativas y en contra de los peores augurios.

La tesis de que el hambre es inevitable es demostrablemente falsa, por lo que respecta a la disponibilidad de los recursos necesarios y a la posibilidad de su utilización. El Director General de la FAO, B. R. Sen, y todos los expertos agrícolas están de acuerdo en esto.

Potencial alimenticio ilimitado

Desde el final de la II Guerra Mundial, el *potencial de producción* de alimentos del mundo, técnica y económicamente posible, se ha expandido a una tasa superior a la geométrica. Esto es el resultado de una combinación de factores que no podían haber previsto Malthus, Ricardo, Justus von Liebig, Marx, Engels, Lenin, Gregor Mendel, Alfred Marshall, Pigou, Walras, Keynes, Henry Wallace, y ni siquiera Lord Orr en 1944.

A pesar de las proyecciones desastrosamente falsas de las décadas de los 30 y los 40, lo que en definitiva ha expandido el crecimiento de la capacidad mundial de la producción de alimentos más allá de todos los límites es el recientísimo surgimiento de fuentes superabundantes de energía, tales como el agua, el viento o las mareas, el carbón, el lignito, el petróleo, las pizarras bituminosas, el gas natural, el uranio o el plutonio. Combinada con los costos decrecientes del transporte por tubería de los minerales líquidos y de los gases a través de continentes enteros, esta superabundancia ha hecho que se disponga de energía en cualquier cantidad deseada y en cualquier parte del mundo tanto en las regiones agrícolas remotas como en las zonas metropolitanas a costos cada vez menores.

La superabundancia de energía ha abierto las puertas a la sustitución del trabajo humano y animal por energía mecánica, en la horticultura, la ganadería, la fruticultura, el pastoreo, las pesquerías y la silvicultura. La sustitución de las bestias de carga y los animales de tiro ha liberado además para la producción de alimentos la tierra que se necesitaba para alimentarlos. (Un caballo empleado en el trabajo consume el alimento de 8 a 12 personas).

La agricultura es la mayor industria de transporte del mundo. Mueve sus implementos hasta 35 veces al año en cada pie cuadrado de los 350 millones de acres de los Estados Unidos.

El motor de combustión, particularmente el motor Diesel, ha hecho llegar a las fincas tractores, camiones y automóviles. Y, sobre todo, el desarrollo de motores de 2 tiempos cada vez más pequeños y la disponibilidad de carburante líquido a costos decrecientes ha proporcionado a los pequeños agricultores motonetas, triciclos a motor, camionetas y motocultivadores, multiplicando así la productividad del trabajo agrícola.

La superabundancia de energía ha hecho potencialmente abundante en todas las partes del mundo y a costos decrecientes el más crucial y escaso de todos los nutrientes vegetales y animales: el *nitrógeno*. Una tonelada de nitrógeno puro extraído del aire requiere la energía equivalente a 4 ó 5 toneladas de carbón bituminoso. Utilizado adecuadamente como fertilizante para los cultivos, *una tonelada de nitrógeno puro* rendirá de 15 a 20 toneladas de equivalente de grano, siempre que se disponga o pueda disponerse estacionalmente de la humedad necesaria o pueda drenarse su exceso. Los agricultores pueden extraer nitrógeno del aire, mediante plantas leguminosas para abono verde. Las fábricas pueden extraer fertilizantes nitrogenados allí donde se disponga de energía en cualquier forma. Tales fábricas de fertilizantes están aumentando en número. Donde no las hay, el comercio interno e internacional de materiales agrícolas llevará abonos nitrogenados a los agricultores, incluso a precios menores.

La humedad, otro factor para la producción de cultivos de oferta estacional o anualmente limitada, es ahora también disponible en muchas regiones, a costos decrecientes, como consecuencia de la nueva abundancia de energía, mediante pequeñas bombas de riego accionadas por motores pequeños de 2 tiempos y a través de tuberías rociadoras de aluminio. Como los nutrientes vegetales y el agua de riego más baratos y abundantes son recíprocamente interdependientes, la acción conjunta de ambos está elevando el potencial de la tierra para el mantenimiento de la población. Las mismas pequeñas unidades de bomba y tubería drenan, a la vez, pantanos y abren en los climas húmedos, tierras anegadizas para el cultivo intensivo.

Mientras los costos decrecientes del nitrógeno y del agua de riego hacen rentable el aumento de las cosechas, las industrias petroquímicas proporcionan también medios poderosos para reducir las elevadas pérdidas que experimentan los productos alimenticios en el campo y en los almacenes. Herbicidas altamente eficaces eliminan la maleza y una flora de voraces depredadores de preciosos nutrientes vegetales y de humedad. Los plaguicidas destruyen rapiñadores, rumiantes salvajes, pájaros, ratas, ratones y otros roedores, y controlan las plagas de insectos y las enfermedades bacterianas o criptogámicas.

La superabundancia de energía, la automatización de la carga y descarga de productos alimenticios a granel, el mayor tamaño de los barcos transoceánicos, el perfeccionamiento de las instalaciones para el almacenaje y la conservación de artículos y productos perecederos ha revolucionado la movilidad de los factores de producción agrícola, así como la de los productos de la agricultura. De ahí que el intercambio internacional de los productos necesarios para la agricultura, tales como el combustible para motores, los fertilizantes, los alimentos para animales, los plaguicidas, la maquinaria e implementos, y de los productos agrícolas exige hoy menos tiempo y menos costo por unidad que en cualquier época anterior, a no ser que los gobiernos impidan a sus ciudadanos disfrutar de estos beneficios.

En cualquier parte del mundo puede disponerse, libre de costos, de todos los conocimientos tecnológicos más recientes sobre la producción, industrialización y distribución de alimentos, siempre que las naciones quieran obtenerlos y utilizarlos. Es más, casi todos los países tienen dentro de sus propias fronteras modernas empresas agrícolas en gran escala, que están vinculadas tanto con el mercado interno como con el mercado mundial.

Una necesidad: Libertad para mejorar

Independientemente de su grado de alfabetización, la población agrícola de los países técnicamente atrasados es capaz de aplicar mejores técnicas siempre que el mercado le conceda libertad para mejorar. Si pueden disponer de los nuevos factores productivos a precios remuneradores y si los precios de los productos agrícolas ofrecen un incentivo, los agricultores aumentarán la producción, siempre que exista un grado razonable de seguridad y de estabilidad para los ingresos y para los ahorros.

Si el hambre producida por la escasez general de alimentos llegase un día a aparecer, no podría válidamente excusarse por la escasez de recursos naturales o materiales ni por la tasa de crecimiento de la población. Las propias calamidades, naturales, como las sequías, las inundaciones o las plagas, no causan necesariamente hambre en una sociedad adecuadamente organizada.

Si el hambre apareciese en algunos países como muy bien puede suceder, será primordialmente una «creación gubernamental», a través de políticas similares a las que inicialmente causaron la muerte por inanición de 5 millones de personas y han impedido durante casi 40 años una adecuada expansión de la producción de alimentos en la Rusia Soviética y han costado innumerables millones de vidas en la China Roja. Esas políticas extraen coercitivamente del ingreso agrícola una parte importante del capital destinado a la industrialización, mediante la fijación de precios elevados para los bienes manufacturados y de precios bajos para los productos agrícolas.

En numerosos países agrarios, un régimen de proteccionismo industrial radical explota a los agricultores, elevando a niveles prohibitivos los precios de los artículos que necesitan (incluyendo semillas seleccionadas, fertilizantes, plaguicidas, combustible, maquinarias y repuestos) y regulando en las ciudades industriales, a expensas de los agricultores, más por razones políticas que económicas, los precios de los alimentos. (El agricultor japonés compra, por ejemplo, 1 libra de abono nitrogenado con 1 libras de arroz, en tanto que un agricultor lo compra en la India con 5 libras de arroz). La discriminación contra los proveedores privados de crédito a los productores y contra el comercio de productos agrícolas frena la producción agrícola con las complicaciones de los procesos burocráticos. La inflación monetaria causada por el irreflexivo gasto público deficitario crea una inseguridad adicional y deseca el capital de inversión para la agricultura, sin dejar tampoco fondos para que las importaciones comerciales cubran el creciente déficit alimenticio.

Entre las medidas de política que tienden a contribuir en muchos países al «hambre de creación gubernamental» se incluye también la propaganda incesante en favor de la «reforma agraria» sin una definición de las medidas precisas a adoptar ni una determinación de la fecha de comienzo y terminación de esa «reforma» El supuesto general, igual para

ricos y pobres, de que equivaldrá a una confiscación de la propiedad de la tierra y de los inventarios rurales, destruye la confianza en cualquier inversión de capital en agricultura. La amenaza de la reforma agraria crea tal inseguridad que todas las partes interesadas convierten sus activos en forma líquida. El resultado es una evasión general de capital de la agricultura, la cual disminuye adicionalmente, en forma inevitable, el volumen de la producción rural.

¿Menos población...o más?

Muchos países latinoamericanos y africanos tienen hoy sin utilizar enormes recursos de tierra para alimentos, forrajes y fibras, y su desarrollo requerirá un aumento de la población agrícola. No tiene sentido por ello generalizar y afirmar que el crecimiento de la población ha de ser detenido.

El generoso corazón del pueblo americano aprueba el envío de enormes donativos de alimentos a países como India, donde el 83 por ciento de la población 400 millones viven como agricultores o artesanos en aldeas. Lo lamentable es, sin embargo, que esa generosidad tiene el efecto pernicioso de que contribuye inconscientemente a aumentar las probabilidades del hambre real, a la vez que debilita el dólar de Estados Unidos. Esos donativos otorgan al gobierno hindú un margen más amplio para continuar una errada política que estrangula en trámites burocráticos la iniciativa de sus agricultores, el comercio al por mayor y al detalle de alimentos y el comercio auxiliar de suministros agrícolas. Esas burocracias absentistas de nivel federal y estatal están tranquilamente sentadas sobre el largo extremo de un balancín. El orden de magnitud de los déficits de alimentos que continúan creando es tan enorme que no podrá ser compensado con toda la caridad y la ayuda extranjera que le presten los Estados Unidos y las demás naciones industriales.

Si realmente queremos evitar el hambre , cada vez que tratemos con gobiernos que reclaman ayuda en alimentos, debemos utilizar fríamente la cabeza, y asumir una actitud comercial rigurosa, en beneficio de la mayoría agrícola que integra la población de esos países. El pueblo americano tiene un profundo interés en asegurar que no se permita a los ratones, las ratas, los pájaros, la langosta y tantas otras plagas devorar los alimentos indígenas con una rapidez mayor de aquella a la que pueden embarcarse, a costos muy elevados, los «alimentos para la paz» americanos. Ello no niega, por lo demás, que debamos usar generosamente nuestros corazones cuando, en el campo de acción de la caridad privada, entremos en contacto con los inválidos, los enfermos, los huérfanos y los más hambrientos entre los pobres.